

Juan 20:19-21

Ese domingo, al atardecer, los discípulos estaban reunidos con las puertas bien cerradas porque tenían miedo de los líderes judíos. De pronto, ¡Jesús estaba de pie en medio de ellos! «La paz sea con ustedes» —dijo. Mientras hablaba, les mostró las heridas de sus manos y su costado. ¡Ellos se llenaron de alegría cuando vieron al Señor! Una vez más les dijo: «La paz sea con ustedes. Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes». (NTV)

Introducción

En el calendario judío, el día que llamamos hoy domingo, el Día del Señor era el día después del Sabat. La tarde anterior al Sabat, el viernes, algunos discípulos secretos de Jesús que pertenecían a la secta de los fariseos, habían usado su influencia para lograr que el cadáver del Maestro fuera sepultado antes del anochecer, antes de entrar en el reposo obligatorio del Sabat.

1. LA REALIDAD EVIDENTE (v.19)

El grupo de discípulos más cercanos a Jesús, sin embargo, no había estado presente en esta sepultura. Se habían retirado a puerta cerrada, y allá permanecían con una certeza absoluta: **Jesús estaba en la tumba.**

¿Cuál era su estado de ánimo? Ante el hecho de que su maestro amado estaba en la tumba no es difícil suponer que una fusión de sentimientos cruzados los doblegaba:

- **Tristeza.** Acabaron de sufrir la pérdida del que había sido el centro de su vida durante los últimos años.
- **Decepción.** Porque era evidente que el Maestro, al que habían visto caminar sobre agua y resucitar muertos, no había sido capaz de derrotar a sus enemigos. Se sentían defraudados.
- **Miedo.** Los judíos habían mandado arrestar a Jesús, y antes de entregarlo a los romanos para que fuera ejecutado por sedición, lo habían acusado de blasfemia. Era natural que, como Pedro, sentían un miedo muy terrenal de ser acusados y juzgados también como integrantes de un grupo subversivo. Pero lo que pesaba mucho más sobre sus vidas era la conciencia de que ellos mismos fueran verdaderos blasfemos. Eran judíos que todos los días se levantaron recitando que “Dios uno es (Dt 6:4). Aun así, habían creído en el que a sí mismo se presentaba como Hijo de Dios.

Así los encontramos, aterrorizados en una habitación de puertas cerradas.

2. UNA NUEVA REALIDAD (v.20a)

- De pronto, es decir, totalmente inesperado, Jesús se encuentra en medio de ellos. Era el tercer día. En el primer día, la catástrofe había irrumpido en la vida de los discípulos al ver su Maestro torturado y ejecutado. Estuvieron huyendo cuando la noticia de su muerte les alcanzó. Pasaron el segundo día encerrados, reposando externamente, pero profundamente agitados en su interior. Pero ahora, en el tercer día, Jesús está en medio de ellos. Sólo una explicación era posible, una explicación tan maravillosa, tan hermosa que era imposible de creer: **Jesús había vuelto desde la tumba.**
- Su voz familiar les sonaba en el oído: “Paz”, les dijo, ese saludo que desea bienestar, tranquilidad, y prosperidad para aquellos a los que se dirige. Es posible que estos discípulos recordaran los momentos angustiosos de la tormenta que vivían en un barco al cruzar el Lago de Galilea. Porque, así como con una palabra había aplacado las olas que amenazaron con devorar su embarcación, ahora este saludo de paz impuso tranquilidad sobrenatural en sus angustiadas mentes, aplacaba sus emociones conmovidas, y llenó de calma gozosa a sus espíritus abatidos. La esperanza surgió poderosamente en ellos: Jesús era el que habían creído, no eran blasfemos, se encontraron en paz con Dios.

- ¡Qué bien entendía Jesús ese estado de sus discípulos! Sin más ni menos les comprueba que es real, que es Él mismo, que la piedra delante de la tumba fue removida. Pero no lo hace convirtiendo el agua en su mesa en vino, ni los anima a salir detrás de Él y derrotar a los enemigos en su alrededor. Y tampoco les promete llevarlos consigo el día que ascenderá de esta tierra hacia el cielo de donde había venido. Les comprueba su identidad mostrando las señales de su entrega, de su sacrificio.
- Y si el camino a la resurrección pasaba por la cruz, esa se convertía de ser el símbolo de muerte en esperanza de vida. El miedo de lo que los hombres pudieran hacerles cambió en alegría, en un júbilo que hasta el fin de sus días no los abandonaría porque ahora hubo certeza: **Jesús vive**.

3. UNA REALIDAD QUE GENERA MISIONES (v.20b)

- Jesús había restablecido la tranquilidad de conciencia de los discípulos al asegurarles que se encontraban en paz con Dios. Pero, en seguida, les hace muy claro que esa paz interior no era la de un descanso sin molestias. Al contrario, estar en paz con Dios iba a lanzarlos a un mundo turbulente, a un mundo renitente, a un mundo hostil y peligroso.
- “Como el Padre me envió...”, les dijo. ¿A dónde lo había enviado el Padre? ¡A la cruz! Ahora, al haber concluido su Misión en victoria y a punto de volver a su estadía celestial, Jesús envía a los discípulos. ¿A dónde? A entregarse como el Maestro lo hizo.
- Sin embargo, el idioma original emplea dos diferentes vocablos para describir el carácter de este envío, lo que nos ayuda a percibir una diferencia entre ellos, una diferencia que resulta desde el carácter de la Misión que implican.
 - Al ser enviado por el Padre -el griego *apostelo*, enviar con una misión-, la misión de Jesús era con su entrega pagar el rescate por la culpa de la humanidad y así reconstruir el puente entre Dios y los hombres.
 - El envío de Jesús a los suyos es diferente, no en lo que les exigirá a los discípulos, sino en el sentido de enviar como despachar, distribuir -el griego *pempo* -.
- Si la idea de la misión de Jesús es ser el camino entre Dios y los hombres, el puente que cruza el abismo de la separación por el pecado, la idea de la misión de los discípulos es distribuirlos en el mundo para dar a conocer esa buena noticia y conducir los hombres al puente. Sin esta acción, el sacrificio de Jesús pierde su efecto.

Conclusión

En esta Pascua, numerosos sectores de la humanidad, demasiados pueblos, demasiadas personas, se encuentran encerradas por el temor. Pero los que seguimos a Cristo sabemos que el mundo no se detiene ni en el primero, ni en el segundo día. El tercer día vendrá. Es el mensaje que debe llevarse y hacerse escuchar entre aquellos que todavía no lo saben, que viven ignorantes de que Jesús murió para que ellos también puedan resucitar con Él.

Los que somos Sus discípulos fuimos enviados a difundir las buenas nuevas, a demostrar la Resurrección por el testimonio de nuestra propia resurrección en Cristo. Desde la paz con Dios que nos fue regalada, levantemos nuestras oraciones por esa humanidad encerrada en la tumba, donemos los recursos que hacen posible que el Evangelio cruce océanos, desiertos, selvas y montañas, y donde nos encontramos, tomemos la mano de los que todavía no saben dónde está el puente.

¡Hagamos misiones!